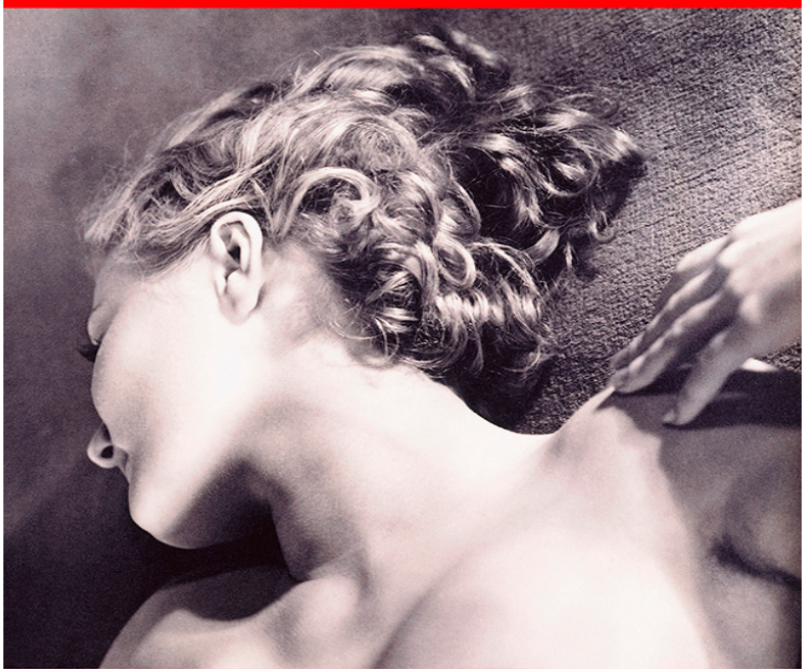
Marcelle Sauvageot

DÉJEME

PERIFÉRICA



DÉJEME

MARCELLE SAUVAGEOT

TRADUCCIÓN CASSANDRA VILLALBA SÁNCHEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

SERIE MENOR, 16

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Laissez-moi*

© de la traducción, Cassandra Villalba Sánchez, 2023
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN:978-84-18838-89-7

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

7 de noviembre de 1930

«¿No ves que esto es una prueba de amor?» La cadencia del tren entonaba esa frase sin cesar. Sentía frío; intentaba quedarme dormida, acurrucada en un rincón. ¡Estaba helada! ¿Por qué razón había partido ese tren? Tenía ese nudo en la garganta que se nos pone cuando nos angustiamos por haber cometido una estupidez; había renunciado a una felicidad incierta para volver a ese sanatorio: una majadería. Durante las últimas semanas, había logrado disfrutar de un poco de alegría; no cabía duda de que, a cambio, sufriría un gran dolor.

«¿No ves que esto es una prueba de amor?» Me acordaba del rostro atormentado que me decía esa frase la noche anterior. Y volvía a ver, superpuesto, aquel mismo rostro, muy cerca del mío, que, con los ojos llenos de lágrimas, me decía: «Cásese conmigo; me engañará…». Ojalá esa escena se repitiera para besar esa frente y decir: «No le engañaré». Pero las cosas no se repiten, y yo no debería haber pronunciado esa frase, pues, cuando tengo que hablar, soy incapaz de hacerlo o de emplear el tono apropiado. Soy demasiado sensible y me endurezco para no dejarme llevar por las emociones. ¿Cómo se puede expresar la conmoción que causa un sentimiento en el preciso instante en que se produce? Quedémonos dormidos con esa frase arrulladora y dulce: «¿No ves que esto es una prueba de amor?». Te lanzo un beso al aire. Si me quieres, me curaré.

Y, cuando me cure, verás como todo saldrá bien. Me gusta tratarte de *tú* porque ya no te tengo delante. No estoy acostumbrada a hacerlo; me parece algo prohibido: es maravilloso. ¿Crees que algún día podré tutearte? Ya verás cómo desaparece mi mal genio cuando me recupere. Estoy enferma. Me dijiste que los enfermos procuraban ser más afables con quienes los rodean y me citaste hermosos ejemplos. No me gusta cuando me sermoneas; me aburres, y, si me reprochas algo, eso quiere decir que me quieres menos: me comparas con otras. Los enfermos suelen ser cariñosos, pero yo estoy exhausta: se me van las fuerzas en seguir adelante y dar las gracias a personas que no me comprenden. Pero ¿para qué necesitabas tú un agradecimiento? No me entendiste porque no tienes ni idea. Te pregunté de qué humor estarías si

sencillamente llevaras ocho días sin dormir. Me respondiste que eso nunca te pasaba, pero que no debía de ser agradable. Está claro que no lo entiendes. De hecho, lo sé: cuando estábamos en el campo, no estabas contento; te habría gustado estar en París, donde se encontraba tu amiga. Entonces tenías prisa por volver y para ti yo no era más que un fastidio. Verás, ésta es otra cosa que se volvió en contra de mis deseos: pensaba que te complacería que te pidiera que vinieras. En París eres mucho más amable…, y yo te resulto más amable: ella está allí. Y, además, no te gustan los enfermos. Creo que eres de la opinión de que deberían encerrarlos, quitarlos de en medio. Deberías estar enfermo.

«¿No ves que esto es una prueba de amor?» ¿Qué hay de cierto en esa frase? Soy consciente de que ya no me quieres. Con qué ridículo cuidado evitas decirme: «¡La amo!». Pronunciando estas palabras no me estarías prometiendo nada. Y, sin embargo, me vendría muy bien, sola como estoy y yéndome lejos, mecerme confiada en tu amor. Necesito tu amor: me gustaría encontrarlo cuando vuelva curada. Para una persona enferma, la certeza de que alguien, para quien lo demás es tan sólo una distracción momentánea y vana, sigue queriéndola y esperándola es una gran alegría: tiene la sensación de que la vida que ha dejado atrás ha advertido su ausencia; no pudiendo imaginar un nuevo porvenir, débil y afligida por la abrupta ruptura con el pasado, lo que pide para *después* es continuar como pueda con su vida anterior.

Quisiera conservar dentro de mí cual talismán el recuerdo de anoche. Cerremos los ojos para recuperar la ilusión. Es como estar en un sueño: no hace falta moverse.

Te quiero.

¡Tenay-Hauteville!

Tengo miedo. Quisiera no tener que bajarme aquí.

Me gustaría meterme en un rincón donde nadie pueda verme.

Me gustaría olvidarme de mí misma. ¡Qué maravilloso sería continuar el viaje muy lejos, en este tren! Inútilmente esperé una señal del destino: todo parecía empujarme a marcharme. ¿Qué se supone que debía hacer? Ahora tengo que bajarme e ir a esa casa triste. Pero ¿para qué? Siento en las piernas esa vacilación casi placentera que nos inmoviliza cuando sólo tenemos un minuto para hacer un movimiento decisivo. Decimos «No me moveré, no me moveré…» y, en el último segundo, culminamos, con una velocidad increíble, dominados por una especie de pánico febril, el acto que temíamos realizar. Soy valiente; me he bajado del tren; he despachado metódicamente todo el papeleo para demostrarme que soy fuerte. Alguien me quiere en París: volveré. Llueve y hay niebla; son las cuatro: pronto será de noche. Estaría bien tomar el té a esta hora en un pisito cálido con él. Hablaríamos de cuando éramos pequeños. Llueve y está oscuro. Observo detenidamente el sanatorio imaginando todo el sufrimiento que experimentaré allí. Puede que no sienta tanto dolor. Hombres y mujeres en camisón, ojos hundidos, toses; me encuentro enferma otra vez. ¿Para qué he venido? En mi habitación, me desplomo en una silla; un pesado y pegajoso manto de tedio, de enfermedad y de desesperación se adhiere a mis hombros: tengo frío. Mi bonito sueño se deshace en pedazos. Ya no oigo su voz, ya no estoy al abrigo de su amor. Cuando, por la mañana, la claridad nos despierta de un sueño, intentamos, cerrando los ojos y sin movernos, recrear la escena y continuarla. Pero la luz del día lo asola todo: las palabras pierden su timbre; los gestos, su sentido. Es como un arco iris que se desvanece: algunos matices sobreviven un instante, se disipan, parecen volver; no queda nada. Así es como se evapora mi hermosa ensoñación. ¿Será posible que ya no quede nada? Como una idiota, repito «Tengo que largarme de aquí»…, e intento recoger las trizas de la noche de ayer para revivirla. Pero el espejismo se ha desmoronado.

Mañana te escribiré y ya no podré tutearte, te escribiré y no podré decirte todo lo que te digo en mi corazón. Tú, que te has quedado allí

donde vivimos, ¿puedes entender lo prisionera que me siento? Ya no sé hablar. Aquí estoy, aturdida, torturada por la certeza, fría y segura, de que, cuando se está donde yo estoy, ya nada es posible: no puedes seguir amándome.

10 de diciembre de 1930

Hoy he recibido muchas cartas: la suya será la última que lea. Tal vez diga las cosas que espero.

Desde mi reingreso, las cartas que me ha escrito me han decepcionado y me han dejado preocupada, definitivamente, creo que ya no me quiere. Llevo dos años enferma, a menudo ausente; él ha seguido haciendo su vida; quise creer que me esperaría: pero ¿me esperaba realmente? ¿Consideraba que lo nuestro era pasajero e insuficiente? ¿Aguardaba mi regreso para hacerlo florecer? ¿O tal vez moría sin ningún arrepentimiento por su parte, seguro de que encontraría otras cosas más bonitas mientras yo estuviera aquí?

Es cierto que soy torpe; no sé cómo expresar los sentimientos; siempre que digo algo, me burlo de mí, me burlo del otro, destruyo la impresión producida con una frase irónica. Desconfío de mí misma; me asombro al oírme revelar lo que siento como hace todo el mundo. Me escucho como si fuera otra persona la que hablara y creo que ya no soy sincera; tengo la sensación de que las palabras hinchan mis sentimientos y los vuelven ajenos. Entonces me parece que el hombre que tengo delante me sonreirá como sonreiría a una niña que habla de cosas que no conoce. Es imposible que sea yo la que dice: le amo. ¿Y si él me creyera y yo estuviera equivocada? Por eso tengo que terminar las frases con una pirueta que parece decir: «Usted me ama, puesto que me lo dice; pero me temo que mi manera de amar no es la buena: la gente debe de amar mejor que yo y sabe expresarlo mejor». Me da miedo descubrir un día que no amo y por adelantado planteo dudas sobre mis sentimientos; me aterra que se me acuse de falta de sinceridad, así que me imagino mil circunstancias en las que supongo que mi amor se quiebra. Afirmo que no seré fiel, mientras que, para no disgustar, aunque sólo sea de pensamiento, a quien le dije que no lo amaba, me niego a que otro me acompañe al teatro o me bese las yemas de los dedos. Y así, negando que mi corazón ama, me encariño más que aquel que dice «Te quiero».

Me gustaría que los hombres me conocieran, pero no ven sino las piruetas y la ironía. Él también debió de ver sólo eso; no le mostré nada

más. ¿Acaso le pedí demasiado? Sin embargo, en sus cartas de los últimos días aún había una sombra de celos. Debe de seguir queriéndome. Tal vez esta carta sea dulce.

«Me caso… Seguiremos siendo amigos…» No sé qué pasó. Me quedé petrificada mientras la habitación daba vueltas a mi alrededor. Sentí que me cortaban lentamente la carne de un costado, justo donde me duele, tal vez un poco más abajo, con un cuchillo muy afilado. El valor de todas las cosas cambió de repente. Parecía una película detenida en mitad de la proyección: como si el celuloide aún sin desenrollar no contuviera imágenes y lo ya visto presentara a los personajes congelados, con la pose de unos títeres de madera, carentes de todo sentido. Éstos se nutrían de mí y de mi espera; no sabía qué sería de ellos, pero les ofrecí mi alma; como ahora no pasa nada, la acción anterior se vacía y se rompe; tengo la sensación de haber entregado mi yo a una armadura cuya rigidez se burla de mi angustia: ni siquiera puedo culparla. Los gestos esbozados en la última cinta grabada duelen; estaban llenos de promesas: el celuloide virgen cumple esas promesas.

Cuando desconocemos el sufrimiento, la fuerza que tenemos para resistirnos a él es mayor, pues ignoramos su poder: sólo vemos la lucha y abrigamos la esperanza de que, andando el tiempo, se reanude una vida más plena. Pero, cuando lo conocemos, querríamos levantar las manos para pedir piedad y decir con agotado asombro: «¡Otra vez!». Vemos de antemano las dolorosas fases por las que tendremos que pasar, a sabiendas de que después habrá un vacío.

Al alba llegará el despertar; el dolor seguirá ahí, impotente, y le rogaremos al Señor que nos deje dormir otra vez. Es como un tumor envuelto en algodón que de repente se manifiesta con una punzada brutal. Es una pequeña y precisa imagen que, dos días antes, habría parecido inofensiva; es un gesto, una mirada, apenas advertidos en el pasado, que, al imaginarlos dirigidos a otra persona, detienen los latidos de nuestro corazón con un doloroso espasmo. Es un plan imaginado en secreto para complacerlo a *él*, un plan cuya inutilidad aparece como una mueca cruel. De día o de noche, hay momentos de calma durante los cuales nos sorprende no sentir nada y seguimos atentas a la frase, al sonido, al perfume que inesperadamente resucitará el mal. Cualquier nadería es una excusa para llorar; una estúpida frase que leemos en un periódico y que, en cualquier otra ocasión, nos habría hecho encogernos de hombros nos arroja a un abismo de ternura. Y ¿cómo será la otra? Le

atribuimos a ella todas las cualidades y nos imaginamos a los dos siempre contentos, henchidos de una extraordinaria felicidad; antes de la nueva, ese júbilo parecía anodino. Pero ahora nos sentimos profundamente miserables y queremos decir con timidez: «Yo también podría haberle hecho feliz; usted mismo me lo dijo». Nos rebelamos, maldecimos, queremos venganza. La venganza no llega o llega tarde, cuando ya hemos olvidado. Ahora nos vendría bien, pues permitiría que el amor que aún sentimos se entregara y tal vez triunfara. Nuestro amor ya no tiene poder sobre *su corazón*. Pero si, de repente, *él* empezara a sufrir por la otra mujer como nosotras lo hacemos por él, o si nos echara de menos, creyendo que ya es tarde, sería una alegría correr a consolarlo; el amor, al consolar a quien lo rechazó, se consuela a sí mismo.

Es duro pensar que él ya no me necesita.

¿Puede ser que toda esta angustia no sea sino producto de la imaginación, que despierta imágenes concretas y exagera los sentimientos? No obstante, cuando leí ese «Me caso», sin la intervención de ninguna imagen, sencillamente sentí dolor, sin idea alguna.

Era lógico que me hablara usted de su *amistad* más pura, ya que estaba libre de deseos, celos y expectativas. Comoquiera que es necesario dar algo, piensa usted en la amistad, «la hermana más noble del amor», y me la ofrece tratando de demostrar que es mucho mejor que ese amor que antes profesaba por mí y que ahora profesa por otra.

Es usted muy persuasivo; de hecho, nunca se es tan persuasivo como cuando se está en su tesitura. Puesto que primero ha de convencerse a sí mismo, se inventa argumentos ingeniosos y pone un tono cálido con el que producir el más feliz de los efectos. Y, una vez concluida su exposición, se queda tan satisfecho de sí mismo que si la persona con la que habla no está convencida es porque tiene muy mal genio.

¿Acaso sabe usted qué es la amistad? ¿Cree que es un sentimiento más tibio que se conforma con las sobras y los pequeños favores que no podemos evitar devolver? Yo creo que la amistad es el amor más fuerte y exclusivo… si bien más *discreto*. En la amistad hay celos, expectativas, deseo…

Usted era mi amigo, quería casarse conmigo; para eso debió de haber mucho amor.

Y, en la primera carta suya que recibí, pocos días después de mi llegada al sanatorio, me escribía: «Soy consciente de que ahora está gravemente enferma. Pero, a todas luces, no contrajo su enfermedad por

su abnegada entrega a alguien». En definitiva, ese alguien no me debía nada, pues la regla de toda amistad en el mundo entero, la regla de su amistad era «dar y recibir». A menudo yo pedía y no siempre daba, causa suficiente de lo que me parecía desinterés por su parte.

Usted me escribía cartas de amor y cartas repletas de celos; estuvo afligido durante toda una noche porque un amigo se quedó un buen rato con nosotros, y su última carta expresaba tanto dolor que ni siquiera pudo terminarla. Después: «Me caso… Seguiremos siendo amigos». No estoy diciendo que haya jugado conmigo: sólo que, sin duda, no dejó de amarme de un día para otro.

Solía llamarme *mi niña*; yo era la que tenía que saberlo todo y usted el que debía escucharlo todo. Pero no habló. No me diga que fue mi culpa y que era yo quien tenía que preguntarle. A un amigo no hace falta preguntarle nada para que se abra.

Nuestra amistad será algo precioso en el futuro; nos enviaremos postales durante nuestros viajes y bombones por Año Nuevo. Nos haremos visitas; nos contaremos nuestros planes una vez realizados para herir un poco al otro y no sufrir su conmiseración si fracasamos; fingiremos ser lo que creemos ser y no lo que somos; diremos muchos *gracias* y *disculpe*, palabras amables que se dicen sin pensar. Seremos amigos. ¿Cree que es necesario?

14 de diciembre de 1930

Hay canciones que empiezan como su carta: «A usted, a quien tanto amé…». Ese pasado, mientras el presente sigue resonando tan cercano, es triste como el final de una fiesta, cuando las luces se apagan y nos quedamos solos mirando a las parejas desaparecer en las oscuras calles. Se acabó: ya no esperamos nada y, sin embargo, nos quedamos ahí indefinidamente, sabiendo que nada de eso volverá. En sus palabras suenan las notas de una guitarra; a veces son una suerte de estribillo que se repite sin cesar: «No habría podido hacerla feliz». Es una vieja canción, parecida a una flor seca… ¿Tan rápido se transforma el pasado en un trapo viejo?

¿La felicidad? Es una palabra de lamento. Usted la personifica, la caracteriza, la define. ¿Se puede realmente hablar de ella como lo hace usted?

Cuando nos gusta un perfume, intentamos retenerlo, encontrarlo; no nos dejamos embriagar completamente por él con el fin de poder analizarlo e impregnarnos de él poco a poco, hasta el punto de sentir la misma sensación física con tan sólo recordarlo; cuando el perfume vuelve, lo respiramos más despacio, más suavemente, para oler los aromas más sutiles. Una súbita bocanada de perfume llama la atención, pero deja la irritante sensación de algo incompleto, inacabado. O bien es una desagradable asfixia de la que quisiéramos liberarnos para poder respirar libremente, o bien se trata de una brutal embriaguez que acaba demasiado pronto porque sólo afecta a nuestra dimensión nerviosa. La felicidad es perturbarse y no saber nada más. Pero ¿acaso la felicidad no es asimismo conservar un rinconcito de nuestra conciencia que siempre sabe lo que ocurre y que, porque lo sabe, permite a todo nuestro ser intelectual y razonable obtener también algo de la felicidad que llega a cada segundo, tener esa pequeña parcela de nuestra conciencia que aprecia lentamente la evolución de la alegría, la sigue hasta sus fines más extremos? Hay un recoveco de nuestra mente que no vibra, pero ese recoveco sigue siendo testigo de la alegría experimentada. Es el que recuerda y el que puede decir: «Fui feliz y sé por qué». Me encantaría perder la cabeza, pero querría aprovechar el momento en que la pierda

y alejar el conocimiento, en la medida de lo posible, de la conciencia, que abdica. No podemos estar ausentes de nuestra felicidad.

Esa parte de mí lo consideró a usted detenidamente, lo evaluó y, al considerarlo y evaluarlo, veía sus debilidades, sus carencias; ¿cuál sería el daño si me quedara, si aceptara esas carencias, si me gustaran? ¡Ay!, hombre, siempre quieres que te admiren. En cambio, tú no tienes en cuenta ni aprecias a la mujer a la que amas. Estás ahí, la tomas; te complaces en tu felicidad; ella parece no ser dueña de sí, parece haber perdido toda noción, y tú eres feliz. Ella te ha dicho en voz alta «Te quiero», y tú te quedas satisfecho. No eres cruel; eres dulce, le hablas, te preocupas por ella, la consuelas con palabras llenas de ternura, la arrullas. Pero no la estás teniendo en cuenta, porque le estás pidiendo que sea feliz contigo y que te diga que ella es feliz por ti. Sin embargo, cuando adviertes que dos ojos te miran y luego sonríen, te rebelas. Te sientes *observado* y no quieres *ser observado*: simplemente quieres *ser*. Entonces preguntas preocupado: «¿En qué piensas?».

Pienso en ti. Tienes una risilla gutural y unos dientes que no me gustan. Entornas los ojos como para penetrar la mente de tu interlocutor y así demostrarle que lo entiendes. Curvas sutilmente los labios dejando entrever unos dientes negros, e inclinas la cabeza hacia delante. Haces ese gesto cada vez que expones una teoría brillante que acabas de descubrir o cuando has hallado la manera de rebajar a una intención mezquina lo que pensábamos que era una bonita idea. Te pareces a un pequeño comerciante que no se deja engañar. Me molesta cuando te pones así: te envileces. Pero no querría que nadie reparara en ese pequeño defecto e hiciera algún comentario: parecería entonces que la mala soy yo. A veces expresas opiniones raras sobre áreas que, según afirmas, desconoces. A veces le restas mérito a un cuadro, una obra musical o un poema con estas palabras: «No es tan difícil». Es como si quisieras recuperar tu ventaja, fugazmente comprometida por algo que te supera, y le temes tanto al esnobismo que niegas la belleza que has sentido. Lo sé y no me gusta. Pero, si alguien insinuara la menor duda sobre tu gusto o tu inteligencia, yo respondería con brío, como si fuera a mí a quien insultaran. Te sobran unos kilos; con aire ufano, te miras de reojo en un espejo; te enderezas cuando pasas al lado de una mujer y le clavas la mirada fingiendo indiferencia; si a su vez ella te mira es porque seguramente le has gustado; si te hablan de una mujer, interrumpes para preguntar: «¿Es guapa?». Me haces gracia y me entra una risita burlona. Pero que nadie diga que eres un donjuán: tus debilidades son mías. Las fui descubriendo poco a poco, examinándote

sin descanso. Sufro por que tengas tales defectos, pero no me gustaría que cambiaras. A veces te hablo de ellos con una sonrisa. No desearía herirte ni darte consejos. Querría que supieras lo que yo sé y me encantaría que, en lugar de intentar no mostrarte como eres, me desvelaras todas tus pequeñas vilezas. Me gustarían porque serían mías. Los demás no las conocerían y eso nos uniría frente al resto del mundo. Nada resulta más entrañable que las debilidades y los defectos: gracias a ellos penetramos el alma de la persona amada, alma constantemente escondida por el deseo de parecerse a los demás. Es como un rostro. El resto de la gente sólo ve un rostro, pero nosotros sabemos en qué momento preciso la curva de la nariz, en lugar de continuar en su línea ideal, se rompe imperceptiblemente para dibujar una nariz ordinaria; sabemos que, de cerca, la textura de la piel es áspera y tiene puntos negros; hallamos una mancha en los ojos que, durante unos segundos, apaga la mirada y ese milímetro de más que resta gracia al labio. Queremos abrazar esas pequeñas irregularidades más que las perfecciones, pues son humildes y hacen que ese rostro no se asemeje a ningún otro. No te quejes si te observo detenidamente y te evalúo: así te conozco mejor y no por ello te quiero menos. No era yo quien era infeliz, sino tú. Deberías haberle dado la vuelta a la frase de tu carta y decirme: «Sabe que era imposible que usted me hiciera feliz porque, incluso en los momentos en que ambos estábamos más unidos, siempre guardó una parte de usted… que no palpitaba… que me examinaba».

De hecho, ¿lo examinaba a usted o a mí? Sabe muy bien que siempre observo mi vida, que me burlo de mí, que me desprecio, que me río de mis arrebatos y de mis ilusiones, que pierdo toda confianza en mí misma. Así pues, tampoco confiaba en usted. A pesar de su amor, no me sentía segura. Usted tenía muchas amigas, y yo no se lo reprochaba; me habría gustado que me hubiera hablado de ellas con tal de saber qué le atraía de ellas y qué le alejaba de mí. Pero apenas me contaba nada. Creía que no me amaba y no me atrevía a preguntarle, cuando quería saber tantas cosas. Me preocupa una mirada, una palabra, un silencio…, pero le digo «Es usted libre», pues no quiero que nadie esté conmigo por obligación, y, pese a ello, me gustaría que lo hiciera. Pero entiendo tan bien que ya no me quiera que me parece una tontería hacer cualquier esfuerzo por luchar por usted y retenerle. Sería un empeño tan inútil que me río de mí misma al menor atisbo de queja: «¿Celosa tú? ¡Oh, no!, eso no es propio de ti: no digas nada. A lo sumo obtendrías una sonrisa, unas palabras tranquilizadoras, de esas que duelen… Y, tarde o temprano, él se alejaría igualmente…». En definitiva: es usted libre.

Intentaba encontrar un pequeño asidero al que poder aferrarme el día que usted ya no me amara. Ese pequeño asidero no era otro hombre, no era un sueño ni tampoco una imagen. Era lo que usted solía llamar mi egoísmo y mi orgullo; era a mí misma a quien, embargada por el sufrimiento, quería encontrar. Deseaba poder abrazarme a mí misma, sola con mi desgracia, mis dudas, mi falta de fe. En la angustia que me atenaza, me siento y encuentro la fuerza para seguir adelante. Si todo cambia, si todo me hace daño, estaré a solas con mi yo. Para perderme, tendría que haber estado segura de que ya no me necesitaba a mí misma.

El ritmo de la descripción que me hace de su prometida se ajusta a la evolución de sus sentimientos; la frase se va estirando despacio; después se inclina poco a poco hacia la caída, donde se detiene definitivamente en silencio, sin la pujanza suficiente para seguir adelante: ella está ahí, detenida para siempre, igual que usted está ahí junto a Ella.

Si yo fuera vanidosa, pensaría que me sigue amando y que está obligado, para no herir a una joven que cree en usted, a alejarse de mí para casarse con ella. Pero no se preocupe: no soy nada vanidosa; simplemente algunas de sus palabras me hicieron gracia: «obligado», «miedo a decepcionarla». Pensé también que, si yo fuera su prometida y leyera esa frase, me entristecería. No me gustaría que nadie se casara conmigo para no decepcionarme, por no ser franco conmigo. Que esa unión se fundamentara en una media verdad me ofendería; creo que preferiría separarme. Pero eso es lo que yo pienso. Además, su prometida no leyó la frase «Ella no sabe quién es usted». Y, si lo supiera, seguramente se alegraría de que usted le rindiera tal homenaje a su amor. ¿Acaso una mujer enamorada no está encantada de que el hombre la elija a ella como recompensa por su amor absoluto? Usted alimenta su propio sentir con un reconocimiento confuso y alegre por la felicidad que Ella le está brindando, de la que usted no es merecedor y que no le podrá devolver. Todo eso, con esa especie de fe ciega, me da grima. No sé por qué, pues lo que usted hace es entonar el canto siempre estúpido pero siempre certero de quienes aman y son amados. No me estoy burlando. Lo que usted está diciendo en esa frase, con esas palabras, es que ama y que ama a una mujer distinta a mí, que la quiere por todo lo que ella tiene y yo no, que la quiere desde hace tiempo sin habérmelo dicho nunca.

El año pasado, en el campo, al siguiente día de su llegada, nos detuvimos a mitad de camino en nuestro ascenso a una colina; sentados entre los altos matorrales secos, contemplábamos la llanura y yo me arrimé mucho a usted. Le mencioné con delicadeza a su amiga; usted no respondió. Insistí, y, con una voz un tanto seca, me respondió que era una parte de usted que a mí no me gustaba y que prefería no revelármela. Su mirada se perdió en el horizonte; hizo con la mano el gesto de alguien que se siente incomprendido; después me miró con esa

superioridad en los ojos de quien no quiere decir nada. Cambió de tema. Yo me callé; un velo oscuro se extendió sobre la alegría que sentía al verle de nuevo. Estaba enferma desde hacía seis meses, lejos de usted. Usted no me había olvidado, pero alguien le hacía verme de otra manera. Me hizo reproches sobre mi personalidad, mis gustos… Se inclinó por todo aquello que no me gustaba, y tuve la vaga sensación de que pensaba en una persona completamente opuesta a mí y que de continuo me comparaba con ella. Usted tenía ideas fijas sobre mí y escrutaba mis palabras, mis gestos, todo lo que pudiera relacionarse, de grado o por fuerza, con esas ideas fijas. Me atribuyó sentimientos mezquinos, un espantoso egoísmo, exigencias… Y desistí de decirle que se equivocaba, ya que usted mostraba la confianza en sí de quienes saben decir «Eso no es verdad» y saben reírse con esa risa que detiene toda protesta, pues los demás sienten que nada podrá socavar *su verdad*. Aprobó lo que antes le parecía una tontería y arruinó lo que parecía ser su pensamiento más íntimo. Parecía que lo que buscaba era matarme en su interior. Me dolió; me daban igual los defectos que me reprochaba y las cualidades que me otorgaba: ya no quería verme tal y como yo era, y lloré al verme destrozada de ese modo.

Me explicó su manera de reconocer el amor de una mujer «sin derechos ni exigencias».

Si a usted le apetece pasar un día entero escupiendo en el agua para hacer redondeles, la mujer que le ama se pasará el día entero callada viendo cómo los hace: estará encantada, ya que a usted le gusta ese pasatiempo. Y, si todos los días le apetece hacer redondeles en el agua, esa mujer permanecerá a su lado todos los días observando cómo los hace. Agregó usted que yo sería incapaz de hacer algo así. Debo reconocer que tiene razón. Antes de nada, intentaría dormir o hacer algo por mi cuenta, y, si no fuera posible, no podría contenerme y le diría que es un estúpido y que haría mejor si me besara. Pero también le acompañaría a hacer redondeles en el agua con tal de hacer lo que usted hace y me inventaría el juego de «a ver quién los hace más grandes o pequeños».

¿Realmente usted se habría quedado a mi lado viendo cómo hacía redondeles en el agua?

En Córcega, tras un largo paseo entre los matorrales de un monte, fui a parar a un camino despejado. Sujetaba el caballo por la brida; su cabeza estaba sobre la mía, y yo apenas asomaba entre dos madroños; llevaba unas peonías rosas en mi pecho. Ojalá hubiera estado usted allí para poder oler el perfume de las plantas del monte: habría entendido el

gusto que a veces siento por lo salvaje; se habría comportado usted de un modo tan simple y salvaje como yo, y nos habríamos amado. Abracé al caballo y aplasté las peonías. No había nadie para que amara aquello que yo amaba.

Al atardecer, sobre las góndolas venecianas que surcan los fétidos canales donde el «'O sole mio» se enronquece bajo las linternas tricolores, cerca de aquellos palacios muertos y tristes, lloré al sentirme sola y descubrir que usted no querría dejarse llevar conmigo por ese mórbido encanto.

Desde la cima de las montañas, deslizándome como en un sueño sobre las grandes laderas de nieve blanca, pensé en guardar en mi corazón el maravilloso panorama para que, a mi vuelta, pudiera mostrárselo; busqué unas palabras apasionadas capaces de hacerle saborear mi alegría y de infundirle el deseo de acompañarme. Pero enseguida dejó de escucharme y puso cara de circunstancias.

Quise llevarle a bailes y a escuchar conciertos excepcionales.

Toda mi voluntad se concentraba en hacerle feliz, y mi alegría aumentaba aún más cada vez que se emocionaba. Pero usted se resistía a acompañarme y dejó de querer venir.

Dondequiera que me encontrara, lo llevaba a usted conmigo. Se colocaba frente a mis sensaciones, que estaban tristes porque usted no estaba allí. Intentaba atesorarlas con todo detalle para llevárselas casi en bruto. ¿Alguna vez sintió la pasión que ponía para intentar que usted las viviera? Siempre me preocupaba por tenerlo a mi lado para que pudiera sentir lo que yo sentía, para que nada en mí acaeciera sin su presencia: el fulgor de la luz del sol en mis ojos, la postura de mi cuerpo en un baile… Y, cada vez que creía alcanzar una hermosa plenitud cuando usted no estaba allí, me impacientaba. Pero me sentía triunfante de poder contárselo; mi contrariedad se atemperaba porque podía contárselo. Quise hacer más cosas, siempre más cosas, para brindarle mi riqueza a medida que iba aumentando.

Y, al atardecer, en las calles de París, por las que siempre pasaba rápidamente sin ver nada, traté de que me gustara lo que a usted le gustaba. Tímidamente colocaba mi brazo bajo el suyo como hacen todas las parejas en la calle, y, con la curiosidad de sentir como usted lo hacía, me deleité con el olor de la niebla, con el roce de la multitud, con el bullicio de las muchachas frívolas. En las calles oscuras, yo, que odio cualquier muestra de cariño en público, disfruté -un placer prohibido- devolviéndole sus besos *incómodos* aunque dulces porque a usted le

gustaban. En las tardes cálidas de verano, en el sofá de mi pequeña habitación, entonábamos baladas, melodías de baile de hacía diez años; las letras eran estúpidas y yo no soy sentimental, pero cerca de usted, cuya alma tiene más de *florecilla azul*[1] que la mía, me dejaba llevar por la sencilla melodía de aquellas tonadas que evocan a la multitud sobrecogida y cautivada por el primitivo canto de la ternura humana. El «tango del sueño, tango de amor» me acercaba más a usted… Me habría gustado leer lo que usted había leído y ver lo que había visto. Pero me despachaba enseguida con apenas unas palabras, como si eso no fuera para mí.

Cuando la gente sacaba el tema del amor delante de mí, pensaba en usted y sonreía; cuando hablaban de los *hombres* y del daño que hacen a las *mujeres*, seguía sonriendo, pues pensaba que usted no era de ese tipo de hombres.

Pero eso no era amarle, porque quería seguir evolucionando, porque no quería destruirme para convertirme en una figura sumisa que, en vez de aspirar a crecer, se duerme en la admiración infantil del hombre amado y se deja guiar por él.

Es curioso cómo generalmente un hombre, en cuanto piensa en casarse con la mujer a la que ama desde hace tiempo, se obsesiona con los principios morales y sociales. Quería a esa mujer porque ésta era fuerte, independiente y derrochaba ideas propias; cuando piensa en contraer matrimonio con ella, sus instintos de dominación, su amor propio y su preocupación por el qué dirán transforman la fuerza de su futura esposa en rebelión; la independencia, en orgullo y mal carácter; las ideas propias, en egoísmo y exigencias. Advierte que la vida se compone de pequeños incidentes cotidianos a los que hay que plegarse y para los que se debe forjar una *mentalidad* media. Es conveniente determinar de antemano los roles de cada uno, pues ya no es momento de jugar a ser niños. El hombre será respetuoso y cariñoso con su mujer; le dirá con una voz dulce que ha de ir aquí o que no ha de ir allá, que debe comportarse así y no asá porque ésa es la costumbre de todo el mundo; la mujer responderá «Sí, cariño» y, cuando esté con sus amigas, su voz se fundirá con el coro universal que repite con orgullo: «Mi marido». Pronuncia esas palabras con soberbio deleite, asombrada de estar ahora entre esa élite que puede decir: «Mi marido». Compitiendo con las demás, no para de hablar sobre lo que su *marido* hace, sobre lo que su *marido* dice; con una feliz ingenuidad, revela todas las caricias o los reproches del *marido*, al igual que hace gala de las joyas que éste le ofrenda a ella, su *mujercita*. Cada vez que le hagan una pregunta o le

hablen acerca de cualquier tema, seguramente la oiremos decir «Le preguntaré a mi marido», o bien: «Mi marido me ha dicho…». Mientras escribo estas líneas, oigo a un grupo de mujeres jóvenes y bonitas charlar con exaltación y jovialidad en la terraza de al lado. No entiendo lo que dicen; pero distingo claramente un estribillo incesante y generalizado: «Mi marido»; cuando me cruzo con ellas en el paseo o en el desayuno, si capto algunas palabras de su conversación, éstas siempre son «mi marido». ¿De verdad es necesario llegar a eso y limitarse a pensar lo que piensa el marido? Puede que la gente se ría de mí y piense que es el despecho lo que me hace ser irónica. Sin embargo, ¡me aburro tanto con todas esas mujeres que hablan de sus maridos!

Muchas de las frases de su carta despertaron en mí todas esas ideas *feministas*. ¿De verdad no comprendió por qué le pedía que me devolviera mis fotos o sencillamente fingió no entender? No soy tan vanidosa como para creer que le recuerdan a mí y que ese recuerdo sea una molestia en su nueva vida: el día a día mermará la vitalidad de lo acontecido en el pasado. Tampoco quise hacer el tradicional gesto que hacen los enamorados cuando se despiden. Si por mí fuera, podría usted quedarse con todos esos objetos del ayer, pues para mí ya no tienen ni sentido ni importancia. Únicamente pensé en su mujer. Entiendo que no le hable de mí, pero, por eso mismo, no debe guardar nada mío en su casa: sería un secreto embarazoso que ella podría descubrir. Me incomoda pensar que, cuando le habla de mí, tal vez sea de la manera en que me hablaba a mí de otras mujeres a las que había amado. Al explicarme su ruptura con una de ellas, me dijo: «Estaba ahíto». Su mirada se endureció; su voz se tornó ronca, ofuscada, gutural, y momentáneamente se le perdió la mirada. El motivo que alegó era irrefutable; lo mismo decimos cuando abandonamos la mesa después de un buen almuerzo: sería un error insistir. Tras unos segundos, se frotó los ojos detenidamente y añadió con un sentido suspiro: «Está casada: le deseo de corazón la mayor felicidad posible». No sé por qué una mujer da importancia a las palabras que un amigo dirá de ella más adelante. ¿Será orgullo? No quiere que la traten como al resto. Así pues, por ahora, preferiría pensar que nunca hablará de mí. Pero tiene mis fotografías, que su mujer podría encontrar. Me dirá que *asumirá* el dolor que tal hallazgo pudiera causarle. No querría que tuviera que *asumirlo*. Estoy herida en lo más hondo de mi amor propio femenino. Imagino que usted la consolará: será mucho más tierno, más cariñoso, más atento; hará que las preguntas se desvanezcan bajo las caricias: se *arreglarán*. ¿Acaso no se da cuenta de lo humillante que puede ser eso y

del odio que puede suscitar? No quiero que tenga que asumir ese consuelo por mi culpa.

¿Por qué me pregunta si existe el hombre para quien estoy hecha? A una mujer se le dice «aquel para quien usted *está hecha*», y a un hombre: «aquella que *está hecha* para usted»; ¿acaso oímos decir «aquella para la que usted *está hecho*»? El hombre sencillamente *es*: todo parece haberse puesto a su disposición… incluso, en algún lugar del mundo, una mujer a su medida, cuya unión con él preexistía a su nacimiento. Esas palabras -«aquel para quien usted *está hecha*»- encierran una adaptación obediente y sumisa por parte de la mujer de la que dependerá su propia dicha. Qué curioso: la mujer está hecha para el hombre y es a ella a quien irá a parar la felicidad. ¿No puede el hombre lograr la dicha o acaso ésta consiste en sentir la resignada docilidad de aquella que está hecha para él? ¿Acaso un hombre que acaricia un bonito gato siamés trata de averiguar lo que dicen los ojos claros del animal? ¿O cree que una sola caricia basta para conmoverlo?

Me parece muy bonita esa idea de la preexistencia de la unión. Según una leyenda japonesa, creo, al nacer, la Luna ata con una cinta roja el pie de un hombre futuro al pie de una mujer futura. Mientras viven, la cinta es invisible, pero los dos seres se buscan y, si se encuentran, la felicidad para ellos estará en la tierra. Hay quienes no se encuentran: su vida está llena de dificultades y mueren tristes; para ellos, la felicidad empezará únicamente en el otro mundo: allí verán a quien les ata la cinta roja. No sé si encontraré en este mundo la cinta roja que me une a un hombre; creo que esta leyenda es, como todas las leyendas, un consuelo poético. ¿Acaso la persona para la que estamos hechos no es aquella para quien aceptamos estar hechos? Esa persona, para mí, podría haber sido usted.

No dejo de percibir en su carta el deseo que tiene de ocultar la simple y única verdad que ésta encierra bajo razonamientos que son mera palabrería, bajo una falsa modestia, bajo subterfugios… prácticamente. Hay algunos muy divertidos: «No cabe duda de que usted tenía razón, lo sé… pero ¿quién sabe qué habría pasado si no la hubiera tenido?».

Así es como termina su primera frase. No puedo evitar pensar en el célebre «¡Qué pasaría si todo el mundo hiciera lo mismo!». Es una frase que empleamos cuando ya no sabemos qué decir; alzando ligeramente la mirada al cielo para ponerlo por testigo, parecemos esgrimir un argumento de gran valor. Si no hubiera tenido motivos para desconfiar de usted, bien habría terminado confiando…, bien las cosas habrían seguido como estaban: yo no habría confiado y usted habría continuado amándome…

¿A qué viene tanta humildad? «Sé que lo que le estoy escribiendo puede parecerle contradictorio…, un sinsentido.»

No encuentro una sola contradicción en los sentimientos que me expone. Pero es usted quien, creyéndose sin argumentos (aun cuando todo lo que ha dicho sea claro, definitivo, indiscutible), se inclina hacia su interlocutor, lo mira fijamente, apela a nobles sentimientos y acepta aparentar falta de lógica para conseguir que éste convenga en lo que usted dice. Más adelante, restablecerá usted el orden de las cosas y resultará lógico. Además, fíjese en que, bajo esa apariencia, es a mí a quien usted acusa de incongruente. Extraño sentido del razonamiento el mío si, no comprendiendo sus palabras, intentara hablar de mis *ideas* mientras usted enaltece los sentimientos. Quizá me detenga únicamente en la palabra *amistad* para constatar con una sonrisa la frecuencia con que ahora la emplea conmigo. En el pasado, cada vez que yo pronunciaba tímidamente *amistad*, usted respondía impetuosamente: «Amor». Ahora, si doy unas pocas muestras de mi amor, usted se asombra y me pide que no cuestione ni un instante sus «sentimientos actuales».

Esa fórmula -«No dudo ni un momento»- concuerda con todo lo que queremos porque sugiere que eso ya no importa; las palabras que siguen dirán: «Pero… lamento…». Férreos en una decisión… o en un razonamiento, podemos afirmar categóricamente que no dudamos ni un

momento… Rebuscando en el pasado ha encontrado una frase en la que yo parecía decirle que ya no le quería: «Siempre me dijo que lo que le gustaba de mí era Bebé y, aun así, no me ocultó que Bebé ya no existía». Y se ampara usted en esa frase sin ánimo de recordar que antaño no la aceptaba. Ahora la acoge con alegría, pues le permite escapar al reproche de haberme sido infiel. Por mi parte, podría decirle simplemente: «Muchas veces me dijo que me esperaría… No me dijo que ya no me esperaría».

Saber asegurarse una retirada es todo un arte, y su «y no me ocultó» sintoniza felizmente con «no dudo ni un momento»: veo al pequeño comerciante que rechaza un trato que ya no desea cerrar.

Bebé era un joven menudo y pálido que vestía de negro. Tenía un precioso pelo con reflejos azules y unas grandes gafas tras las cuales unos ojitos marrones observaban con insistencia. Querían ser descarados; en realidad eran tímidos y parecían delatarse. Bebé no tenía aire de pertenecer a ningún *círculo*. Era como si hubiera crecido al margen de cualquier grupo. Tenía un montón de métodos y de teorías, pero desaparecían y otros nuevos surgían según los días: era como si nunca hubiera tenido ninguno. Conservó todos sus prejuicios, aunque aparentaba no atribuirles ningún valor: lo hizo únicamente para poder comprender a quienes seguían observándolos y a quienes se habían liberado de ellos.

Él no me conocía ni a mí ni a ninguno de mis amigos: no se había formado una idea de mí a la que yo debiera atenerme y, como no pertenecía a ningún *mundo* concreto, no tenía una imagen arquetípica de la mujer que chocara con la mía. Inmediatamente tuve ganas de hablarle de mí. Desde siempre había buscado a alguien a quien pudiera contarle mi película. ¿Acaso no experimenta todo ser humano esa debilidad? Me hablaba a mí misma, pero a veces la austeridad de ese monólogo me agotaba; es mucho más fácil tener un cómplice que se compadece, que aprueba, que escucha; de ese modo adquirimos importancia: las cosas que decimos se vuelven tangibles, forman un universo de novela en el que interpretamos un papel. ¿Hasta qué punto respetamos la verdad absoluta? Después esas novelitas se vacían de su sufrimiento y éste se asienta, se transforma en una entidad separada del alma. A veces necesitaba de esa sencillez. Intentaba hacerme la fuerte con el fin de preservar mi integridad; pero, para amansar mi desconfianza, creía que, tras haber contado la historia de mi vida, la habría despojado de todo carácter anecdótico: se me presentaría en su esplendor. Necesitaba un doble.

Me gustó aquel joven vestido de negro y con unos ojos que se delataban; yo lo llamaba Bebé y le hablaba cada día. Le contaba con todo detalle cada minuto de mi vida y, cuando no estaba a mi lado, era a él a quien le susurraba. Cada cosa únicamente adquiría su valor y su sabor después de referírsela: no es que lo tomara por mi guía, sino que él era mi punto de partida para actuar y reaccionar. Y lo amaba como si él fuera yo misma. Me habría gustado mimarlo mucho; me resultaba muy valioso y temía perderlo.

Pero un día sentí que Bebé ya no existía. Ya no llevaba su ropa negra; había entrado en cierto *círculo* y ya no comprendía a aquel hombre que se quedaba al margen. Por poco que lo provocaran, gritaba «¡A la caza!», y su doctrina, fija en lo sucesivo, fue vivir una vida mediocre para ser feliz. Ya no quería acompañarme. Y mis anécdotas lo hacían encogerse de hombros. Bebé había muerto y era a Bebé a quien yo amaba. Pero el que se quedó se parecía tanto a él que la ilusión permanecía intacta y yo no me daba por vencida. El hecho de que nuestro doble desaparezca repentinamente en cuestión de segundos no hace que nos separemos de él. Perseguimos su imagen, su recuerdo; deseamos habernos equivocado; yo creía que no estaba muerto, que volvería más adelante, cuando yo me encontrara mejor. ¿Podría ser que hubiera desechado todo lo que le había dicho?

A usted mi influencia le pareció *perjudicial*. Hoy evoca esa influencia y la considera aplicable a nuestra amistad. ¿Por qué? Ni las historias que le conté ni el influjo que pude tener sobre usted existen ya. Ambos cambiamos la tonalidad de los dos seres que les daban vida… Y lo que me duele no es tanto la muerte de un amor, sino la muerte de un ser realmente vivo al que ambos habíamos creado juntos o que acaso había creado yo sola… Aquel ser era una alianza entre usted y yo, tal cual nos queríamos mutuamente. Usted era como yo necesitaba que fuera; no un admirador de mi persona, como afirmaba usted, sino un hombre que me amaba, el que, debido a ese amor, se interesaba por cuanto de mí venía; delante de él podía mostrar todos mis defectos y todas mis virtudes, podía dejarme llevar por el desastre… ese desastre lírico e inesperado en el que cada instinto se manifiesta con palabras y gritos para luego permitir que el fiable sentido de la orientación del alma encuentre el camino y continúe. Y yo suponía que ninguno de esos desahogos perturbaría su amor y confianza.

Además, en ese ser creado, estaba la misteriosa mujer que fui para usted. Yo no sabía qué vida buscaba usted a mi lado: felicidad, alegría, angustia, aburrimiento… ¡Cuántas preguntas! Yo no las respondía. A

veces me creía indispensable; otras, un mero accidente. Tenía momentos de confianza y horas de tristeza. No quería saber lo que yo era para usted, al igual que usted tampoco quería saber lo que era para mí. El encanto entre nosotros duraría mientras preserváramos la inquietud creada por nuestro desconocimiento de la imagen que el otro se hacía de nosotros. ¿Quién rompió ese hechizo? Creímos ver la imagen fija que el otro se hacía de nosotros y fijamos la suya en nuestra mente. ¿Fue eso lo que nos separó?

¡Oh!, no vaya a pensar ahora que lo veía como un *parche*. No tiene sentido volver a humillarlo y tratarlo como un objeto. No puedo evitar pensar que habla así por falsa humildad. Hace unos meses pensaba usted que se acercaba al hombre que podía gustarme. Usted sabe que la resignación no es propia de mí; a veces parezco la encarnación del espíritu de renuncia, pero siempre pienso en alguna forma de darle la vuelta a esa renuncia. ¿Habría aceptado vivir con usted por resignación? El tormento de amar no me lleva hasta el punto de buscar un parche y, si realmente lo hiciera, no veo por qué habría pensado en usted; su deserción, si me permite llamarla así, no me apenaría tal y como podría dar la impresión: de nuevo me resignaría a tomar otro objetivo. ¿No tiene usted, incluso cuando parece alejarse, una leve fatuidad muy precisa que no se rinde?

Usted ve en mis impulsos y en mis decisiones propósitos que no tengo. Creo que los pésimos resultados de mi diplomacia amorosa demuestran que no suelo preguntarme si tengo motivos para amar. Es muy posible que usted no haya sido para mí más que un parche, pero no era así como yo le veía. Empezaba a sentir que ocupaba usted un lugar especial en mi vida. Sin embargo, esa mente suya no era capaz de entenderme mejor, incluso tal vez me entendiera peor; tampoco manifestaba usted su amor con tacto; su entrega brillaba por su ausencia; tal vez todo en usted fuera mediocre. Pero yo prefería lo que viniera de usted. ¿Por qué?

Usted justifica tal predilección por el mero capricho que yo tenía de amarle, y su atracción hacia mí, por el deseo de conquistarme.

Ahora bien, en el pasado, su amor se basaba en ese deseo de conquistarme *completamente* unido a una proporción mucho mayor de entrega, de cariño, de pensamientos incesantes… En definitiva, a todos esos sentimientos que, mezclados y confusos, conforman precisamente lo que denominamos *amor*. Ahora ese amor se reduce a un único elemento, el más nimio, el menos fecundo: el *deseo de conquistar*, deseo que usted atizó para que lo llenara todo con su vacío. Para unos, amar significa conquistar; para otros, someterse… ¿y todo lo demás recibe los nombres imprecisos de *amistad, afecto, devoción*…? ¿Debería dudar del amor o de usted? Afortunadamente, de hecho, eso no era lo único que existía entre nosotros; pero a todo lo llamaba yo *amor*.

En aquel triste mes de octubre al que hace referencia, yo estaba abatida por el sufrimiento que me causaba alguien que no era usted. Era en usted en quien, de forma espontánea y por elección, entre otros aparentemente más capacitados que usted, buscaba las fuerzas para olvidar y reír. Le rogaba que me escuchara hablar del otro, a quien echaba de menos mientras usted estaba ahí y casi le culpaba por no ser él. Su amor, discreto y tenaz, desinteresado y tal vez heroico, puso fin a mi terquedad. Dado que me quería tanto, yo ya no podía decir neciamente que todo estaba perdido.

Y me tranquilizaba mucho -una tranquilidad que se parecía bastante a la del amor- ver que me quería y permanecer cerca de usted. No analice este recuerdo: sólo puedo ver amor en él.

En lo que a mí respecta, no sé muy bien qué sentimiento me impulsaba a visitarle en Versailles: ¿amor, amistad con un hombre…?, sí, era todo eso, algo que, aun sin ponerle nombre, me turbaba de una manera más propia de los amantes muy jóvenes. Yo sólo iba a París un día a la semana; el momento culminante del día era verle. Para pasar un cuarto de hora con usted, me pasaba toda la tarde en un taxi que me llevaba hasta su *universidad*. La sobreexcitación me dominaba antes de verle; cuando me despedía de usted, llegaba el abatimiento del final de una espera. Le veía desde el mediodía hasta la una. Me tomaba un poco de té a las once y almorzaba sin hambre a las dos, pues tenía un nudo

en el estómago. Los taxis eran demasiado lentos; los controles de carretera, agotadores. En la estación de porte de Saint-Cloud nunca sabía qué tranvía tomar: quería montarme en el primero que saliera; corría hacia uno, luego hacia otro… y, en cuanto me alejaba de uno, ése era el que emprendía su marcha. Devorada por la impaciencia, me bajaba en la estación anterior a la que me tocaba y, cuando trataba de ser paciente, pasaba de largo la estación por la que tanto llevaba esperando. Así pues, echaba a correr con la angustia de retrasarme unos minutos; después me detenía porque llegaba con veinte minutos de antelación. Creo que siempre terminaba llegando tarde. Le llevaba bombones de chocolate. Nos sentábamos en dos sillas duras en una sala sombría. Siempre había un niño anamita encerando la tarima en un rincón. No hacía ruido… y de repente nos dábamos cuenta de que estaba ahí. Nos molestaba mucho. Nos miraba como un idiota. ¿Se daría cuenta? Luego desaparecía. Permanecíamos el uno junto al otro, con el leve y nervioso temor de que se abriera la puerta. Usted no se atrevía a insistir en sus besos. Yo quería estar guapa y elegía los vestidos que podían gustarle. Mientras bajábamos las escaleras, sus compañeros me miraban y le lanzaban una mirada lisonjera. Yo me divertía. Era algo muy infantil. Usted estaba encantado.

El amor, el juego, el afecto fiel…, desde entonces no he dejado de sentir por usted nada de eso. ¿Por qué quiere usted *recuperarlo*? Usted dejó de ver todo eso porque tenía que dejar de verlo, puesto que se alejaba de mí. Ahora que tiene una relación estable…, pero con otra persona, puede, sin poner en peligro su nuevo amor, sin remordimientos por la opinión que tiene de sí mismo, pedirme que me presente ante usted tal como era cuando me amaba. Ya no emplea la palabra *amor*: habla de *amistad*, pero esta nueva palabra abarca las mismas cosas; lo que usted pide es amor, desde luego, pero un amor que se satisfaga con su mera existencia, que no sea más que bondad y abnegación.

Lo que sucede es que durante tanto tiempo usted le pidió a mi corazón que le ofreciera ese amor total que da y exige, el amor del espíritu, el amor del cuerpo… que me cuesta borrar de un plumazo esos patrones, esos deseos que asimilé, que amé, que quise hacer míos. Usted ya no desea más que bondad; ¿cree que negar lo demás basta para que deje de existir?

Para aparentar delante de usted que soy esa mujer sublime de la que uno se acuerda sin remordimientos ni arrepentimientos, debería conservar ese amor por usted y esperar a que amablemente me haga cualquier pequeño favor cuando no tenga otra cosa que hacer. Esos

favorcitos que habría podido pedir a otros, que habría podido no pedirle a usted si la pereza no me hubiera incitado a recurrir a usted, esos favores de nada son, en realidad, las únicas señales con las que me manifestaba desde hacía mucho tiempo su lealtad. Dudé en pedírselos y a veces lamenté el mero hecho de habérselos mencionado. Percibía su mal humor y su negativa si mi petición podía perturbar de algún modo su rutina diaria; hacía algo por mí siempre y cuando eso no interfería en sus quehaceres, en el orden cotidiano de su vida. Ahora sería más diligente con tal de demostrarme su amistad. No olvido el «Si se presentara la oportunidad…». Pero, para mí, eso no es una muestra de amistad. Ésta reside en el simple hecho de tener a alguien a quien, en cualquier momento, puedo recurrir para contarle mis pensamientos, alguien que sentirá como yo siento mi alegría o mi hastío. No creo que esté abusando; tengo derecho a ser egoísta. De un verdadero amigo siempre puedo echar mano sin temor a molestarlo. Hace mucho tiempo que usted ya no me brinda ese tipo de amistad. Y, por eso mismo, no le guardaré ese *rinconcito en mi corazón*. Debido a ese infantilismo propio de los enamorados, yo le había prometido que siempre guardaría una porción de verdadero amor por usted aun cuando amara apasionadamente a otra persona. No soy yo quien se casa; la imagen que tengo de usted ocupa todo mi ser; debe marcharse para que cese mi tormento, para que un día su nombre, pronunciado delante de mí, pase como un soplo, sin rozar nada más. Necesito que desaparezca porque necesito paz; usted es feliz: algo de amor por mi parte no le aportaría nada.

Sí, es muy tarde; acabo de apagar la lámpara para dejar que la luz de la noche entre en mi habitación.

Me siento arropada y relajada entre las sábanas, bajo las pieles; la ventana está abierta de par en par, con un frío de menos veinte grados.

Fuera la nieve es muy blanca y reina ese silencio amortiguado, ese silencio que aguarda una revelación de la que lo único que sabemos es que la posibilidad de su llegada hace que el corazón palpite con más alegría. Por las ventanas abiertas suben las incesantes toses que asolan las noches; otras resuenan en los pasillos. Toses, siempre toses, alzan el vuelo en la fría noche. Está la tos de esa joven a la que nunca se ve: durante la noche, infatigablemente, sin parar, esa tos cruje como la madera seca; ¿cuántos días más seguiremos oyéndola antes de que se apague? Esta noche ese cuerpo no está lo bastante agotado como para que se lo lleve el fulgor del amanecer. De la habitación de ese chico que se ha ido a toda prisa escondiendo la sangre que se filtraba por sus labios, sale una tos profunda y húmeda: cada sacudida trae sangre consigo… ¿Cuándo llegará el alivio de saber que esa sangre ya no corre? Mi vecina suelta una tosecita reconfortante: no soy la única que está en vela. Y yo le respondo tosiendo para comprobar el estado de mis pulmones. ¿Sentiré ese agujero, ese vacío de fuelle perforado? ¿O ese pequeño desgarro que hace que parezca que se ha desprendido un pedazo? ¿O bien esa resonancia sorda que da la impresión de que todo está arreglado? ¡Cuántas toses en la noche!, ¿se trata de un himno?, ¿adónde va?

Me siento sola, pero algo menos que ayer, puede que algo menos. Esta noche soy consciente de que todo se ha roto, y es casi un alivio. Podré reaccionar sin que me detenga la triste esperanza de que las cosas vuelvan a ser como antes. Quiero olvidar y seguir adelante sin volver la mirada hacia usted. El pasado quiere morir. Durante muchos meses, sin saberlo, he estado luchando para que no se apagara. Me aferré a él, a usted… con rabia, con tristeza, con amor. Intenté que todo siguiera igual… y a diario me decía: mañana será como era antes. Ese *mañana* no llegó. Todavía ayer lo esperaba; hoy no tengo nada que esperar. Debería sentirme más sola; me atenaza el vértigo de un vacío en el que mi corazón, privado de amor, desfallece al pensar en la vacuidad de los

días que están por venir. Usted se ha marchado, pero de nuevo me he encontrado a mí misma y me siento menos sola que esos días pasados, cuando le buscaba. He vuelto en mí y, conmigo, voy a luchar para seguir adelante.

Sé que *su antigua amistad* es desinteresada y es posible que algún día llegue a necesitarla. Pero ya no pienso en ella. Quédese tranquilo con su felicidad y no se preocupe por mí. Hoy su alma no puede oír las toses que se alzan más y más fuertes en la fría noche. Uno se descubre cuando se encuentra un cortejo fúnebre en París; en cambio, aquí nos escondemos; apenas nos daríamos la vuelta al pasar cerca de un cementerio. Tal vez mañana, tratando de reír y bailar, oigamos a lo lejos el llanto por un moribundo. Aquél se está muriendo de la misma enfermedad que la mía; cualquier día de éstos, ¿por qué habría yo de escapar a ese destino? Confinados en este rincón del mundo, podemos decir: «¿A quién le toca?». Aquí se puede sentir, en esa inanidad de los días en que todos luchan agónicamente para escapar de la angustia, toda la miseria humana, que grita: «¿Por qué? ¿Por qué?».

Si yo lograra hacerle sentir esta desgracia, se apresuraría usted a olvidarla y, para tranquilizarse, diría lo mismo que dice todo hombre sano sobre los lugares donde la gente sufre: no es tan malo como dicen. Pero déjeme: ya no puede estar conmigo. Déjeme sufrir, déjeme sanar, déjeme en paz. No crea que ofrecerme su amistad como sustituto del amor podrá servirme de bálsamo; tal vez lo haga cuando ya no me duela. Pero me duele y, cuando algo me duele, me alejo sin mirar atrás. No me pida que me vuelva para verle, cuando no me acompañará ni de lejos. Déjeme.

24 de diciembre de 1930

Sabía que hoy recibiría una carta suya, al igual que sé que recibiré otra dentro de ocho días con su felicitación para el Año Nuevo. He hecho una bola con la carta y la he tirado a la basura. He sentido un gran alivio.

Sin embargo, no puedo decir nada en contra de ella; debería escribirle, agradecerle y expresarle mi amistad en respuesta a la suya: no puedo. Su carta es preciosa; tal vez mi comportamiento parezca mezquino…, pero ninguna carta podría hacerme más daño, ninguna podría hacerme reaccionar con más fuerza para alejarme de usted.

No le escribo porque lo que quiero es olvidarme de usted. Cada sobre escrito con su letra sería un tormento para mí; cada frase que debiera escribirle, una lucha; sólo podría decirle banalidades y mi amor saldría malherido al recordar el pasado; trataría de saber sobre su vida y lo pasaría mal: no quiero.

No le escribo porque me ha molestado su comportamiento a la hora de manejar la situación. No es su matrimonio lo que me parece una injuria. Creía ser para usted una amiga más íntima que cualquier hombre, que una amante, que una esposa. Pensaba que nuestro cariño era tan excepcional que conllevaría una confesión completa y progresiva de la evolución de otro amor en su alma. Sin embargo, actuó como los demás. Buscó mis defectos y sólo hablaba de ellos; ¿necesitaba asegurarse de que tenía razones para dejar de quererme? Entonces decidió casarse y me lo hizo saber; así que, a la hora de darme esa noticia, se olvidó de mis defectos y recordó mis cualidades para rogarme que siguiera amándole. Pero, como sabe, pues no ha cesado de repetírmelo en los últimos meses, soy por naturaleza, y siempre lo he sido, egoísta y malhumorada en esencia: no tengo por qué mostrarme diferente ante usted. Por mí, únicamente por mí, más vale que rompa nuestra relación: usted ya no puede darme nada de lo que deseo en este momento.

Y lo único que justo me faltaba era recibir su carta de esta mañana. Antes solía olvidar el dolor que me invadía; quería darle la vuelta; mi amor imaginaba subterfugios para engañarse y contentarse, cerrando

deliberadamente los ojos, con los rescoldos que perduran después de todo amor pasado. Seguimos a la espera de una carta; confiamos en recobrar la ilusión del pasado en una visita; el corazón se acelera cuando la puerta se abre; el apretón de manos produce la emoción del antiguo beso; conservamos con cuidado la rosa que nos regalaron; un cumplido banal toma la apariencia de un arrepentimiento. Entonces el encanto desaparece y descubrimos perfectamente que todo eso es mentira. Son enredaderas elásticas que se aferran y nos retienen en un pasado desvanecido y nos dejan sin la fuerza para actuar y vivir.

Si no le amara, podría volver a verle; cuando ya no le ame, tal vez le vuelva a ver: ahora mismo no quiero.

No quiero sus palabras de amor, pues ya no lo son. No quiero que su voz mimosa me arrulle esta noche, porque me ha hecho daño. Si queremos retener a un gato al que hemos herido, éste saca las uñas y huye: no intente retenerme.

No me gustan sus consuelos, no me gustan sus buenos deseos, no me gusta que piense que no soy feliz ni que mediante las palabras de su carta se esfuerce con tesón por demostrar que conoce mi dolor y que se encuentra a mi lado. Usted ya no sabe lo que es estar a mi lado. Su *afecto* me hizo sonreír; ante mis ojos se apareció la imagen de Bebé con una expresión de rabia y sufrimiento: era la época en que usted me quería y yo le había dicho que le tenía mucho cariño. Desea mi felicidad, y ya le veo buscándome un marido o un amante para consolarme.

Cree que mi Navidad será triste y le gustaría arrullarme. ¡Oh, no! No quiero sus caricias y mi Navidad sólo será triste si yo quiero. He arrugado su carta y me ha parecido una liberación. Con ese gesto, me he librado de sus caricias y de la ciénaga durmiente del pasado. De pronto he recuperado mi espíritu combativo y estoy dispuesta a mirar con valentía la vida sin usted; tal vez sea más hermosa así: una vida nueva… Lo que en ella se inscriba será siempre lo mismo; no será mejor… será volver a esperar. Pero ¿qué obtendría yo de usted si continuara con la farsa de una vida que se ha apagado? Sería una religión sin fe. Necesito otra fe: su presencia me impedía encontrarla. Estaré contenta; no tendrá que consolarme. ¡Navidad!

Esta noche ha habido baile. El comedor estaba decorado con banderines de colores vivos. Una gran mesa engalanada con flores reunía a los pacientes, que se agrupaban como podían en parejas según sus afinidades externas. Hemos estado bailando hasta muy tarde. Me lo he pasado muy bien. He tenido la sensación de que recuperaba una pizca de locura, de mi fantasía de antaño. Me he observado haciendo algo; he previsto las posibles consecuencias de esa normalidad… pero estaba jugando. Quién sabe, ¡quizá la enfermedad me estaba dando una tregua! De vez en cuando deberá descansar, librar los domingos y los días festivos… En esos días debería poder vivir como antes. Mañana retomaré la vida severa del enfermo: tendré que seguir luchando. Pero, al menos esta noche, ha estado bien reírse a carcajadas, mientras asombrosamente el leve miedo a sentir que el pulmón explota se va desvaneciendo; es bueno beber champán, pues hace que se enciendan las mejillas; congestiona un poco, pero no pensemos en ello: esta noche no existe la hemoptisis. ¡Y qué maravilla bailar! Puedo tenerme en pie, levantarme, sentarme con vitalidad. El cuerpo redescubre, con una dicha casi religiosa, su flexible curvatura para apoyarse en su pareja, ese inteligente abandono que casa con los movimientos del otro cuerpo y los sigue, fiel como una sombra y ligero como ella. Cuando el cuerpo se mueve al compás de un ritmo, surge una nueva vida; el mundo se transforma para convertir en su centro ese lugar específico en medio del pecho donde parecen converger las cadencias sonoras de los instrumentos y las oscilaciones flexibles de los tobillos.

Bailar es el ritmo más feliz de la vida; bailar cuando pensabas que no lo harías es una victoria conquistada.

Ligeramente embriagada por el ritmo, acompañada de mi pareja de baile de una noche, que mañana habrá olvidado esta vigilia, he subido despacito a mi puerta y nos hemos despedido con un beso, sin decir nada.

NOTAS

[1] La expresión francesa *petite fleur bleue* designa, de manera elegante, el carácter sentimental e ingenuo de una persona presa de un romanticismo tierno y ardiente. [Todas las notas son de la traductora.]